

los, los emblemas, y los enigmas; de todo lo cual hablaremos ahora separadamente.

*Proverbios.*

Esta locucion figurada, cuya sentencia moral está embozada debajo de un velo alegórico, ó histórico, es llamada *proverbio*, *adagio*, y vulgarmente *refran*, que es propiamente un célebre dicho, antiguo, aunque nuevo en la aplicacion; y así se puede repetir aquí lo que un autor clásico dijo: que para que las cosas que se dicen tengan gracia, se han de decir las nuevas como comunes, y las comunes como nuevas. Que sean figuras de ornato en la oracion es constante, porque salen y se apartan del comun modo de hablar, y así conviene que les acompañe el uso y la doctrina para autorizarlos.

La celebridad de los adagios nació de los oráculos de la gentilidad, de los apotegmas de los sabios, de alguna sentencia proferida en el teatro y bien recibida del público, de alguna fábula, historia ó suceso notable: finalmente de las costumbres, condicion y género de vida de alguna nacion ó persona particular, por alguna razon excelente, notoria, y comun á todos. Tienen gran eficacia y energia para la enseñanza moral y civil, abundando, como abundan, de sabios documentos para la vida pública y privada, avivados con bellas imagenes y alusiones, vestidos siempre con un agradable velo, ya alegórico, ya enfático, en estilo llano, breve, y sencillo, que da mas valor á la sentencia que encierran.

De estas locuciones abunda acaso el idioma español mas que ninguno; y no son su menos pre-

ciosa gala, así por su agudeza y concepto, como por su forma y estructura elegante, y buen sonido. Son muy provechosos, y aun necesarios, principalmente para persuadir, para moralizar, y para vestir la desnudez de la verdad. Sazonan los escritos festivos y caen bien en la boca del hombre usados con oportunidad y economia: lo contrario seria abuso muy reprobado. Podrán usarse alguna vez en principio de un discurso, ó proposicion como argumento; ó interpolados entre medias con algun correctivo que escuse su introduccion; ó al fin, por modo de epifonema, ó aclamacion. Y como el proverbio se debe usar á modo de sainete, y no de plato principal importa algunas veces hacerle una precapcion de esta ú otra forma: como dice el refran....nos advierte un refran....bien dice aquel refran....allá nos dice un refran....

Se pueden dividir los refranes en históricos, simbólicos, y literales; y como de todas estas especies abunda el idioma español, pondremos á la vista del lector algunos escogidos en gracia del mismo.

¡Cuanta moralidad y concepto encierran debajo de su corteza, que les da un aire de enigmas! *Una golondrina no hace verano*: entiendase que un egemplar no hace regla. *Hijos de tus bragas, y bueyes de tus vacas*: entiendase el mayor cuidado que se tiene de las cosas propias respecto de las ajenas. *Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*: nada mas quiere decir sino la fortuna que logra el que tiene proteccion poderosa.—De los *históricos* podemos citar estos por egemplo: *No se ganó Zamora en una ora*; esto es, que las cosas grandes y árduas necesitan

de tiempo para egecutarse, ó lograrse, aludiendo al sitio porfiado y largo que sufrió aquella ciudad. — De los *simbólicos* sirvan de egeemplo los siguientes: *cada oveja con su pareja*; esto es, que cada uno se iguale con solo los de su esfera, sin pretender ser mayor, ó bajarse á ser menor de lo que le compete. *Cada cabello hace su sombra en el suelo*; para significar que no se debe despreciar alguna cosa por pequeña que sea. *Da Dios alas á la hormiga para que se pierda mas aina*; es decir, que suelen perderse, ó acabar desgraciadamente los que llegan á grandes empleos y fortuna, si no hacen buen uso de ellos. *De pequeña centella, gran hoguera*; esto es, que de un leve motivo se suele levantar gran discordia. *De mal cuervo mal huevo*; es decir, que de padre malo suele salir el hijo malo. *El bucy suelto bien se lame*; en que se denota cuan apreciable es la libertad.

Algunos refranes son sentencias, pues no tienen otro sentido que el literal, como estos: *Lo mucho gasta, y lo poco basta*. — *Mas da el duro que el desnudo*. — *El mandar no quiere par*. — *Obras son amores y no buenas razones*. — *Poco daño espanta, y mucho amansa*. — *Duelos, con pan son menos*. — *Acometa quien quiera, el fuerte espera*. — *Bien vengas mal si vienes solo*. — *Bien ama quien nunca olvida*. — *Del viejo el consejo*. — *Gloria vana, florece, y no grana*.

#### Apotegmas.

A la clase de los proverbios pertenecen los apotegmas, ora estén recibidos como adagios, ora no; y bien que convengan con estos en la agudeza y brevedad de la sentencia, hay esta di-

ferencia, que los apotegmas son unos dichos mas notables y graves, autorizados con el nombre de algun principe, héroe, filósofo, capitán, ó legislador de la antigüedad, que nos ha conservado la historia; y bajo de esta consideracion tienen gran lugar en los escritos serios, y no desdican del estilo sostenido y noble, donde se suelen citar para adorno, lustre, y gracia del discurso, sea histórico, sea moral.

Y aun cuando de su lectura no se aprendiese mas que egeemplos insignes de bien decir; el deleite de oír hablar como traídos á nuestra compañía los ilustres varones que ya no existen, seria siempre un entretenimiento provechoso puesto que nos hace conócer el caracter, las costumbres, y el ingenio de cada cual; porque, como dice muy bien Demócrito, y antes Salomon: *las palabras del hombre son la imágen de su vida*. Los nuestros, dice Ciceron, quisieron que las cosas que dijésemos graciosas, breves, y agudas se llamasen decires, como es este del mismo orador: *al fuerte no puede serle la muerte pesada, ni al cónsul temprana, ni al sabio miserable*.

No pretendemos hacer aquí colecciones de estos dichos y sentencias, ni amenizar las vidas de sus autores, como hicieron Plutarco, Diógenes Laercio y Valerio Maximo; sino enseñar como el buen escritor que quiere dar valor á sus argumentos, y peso á sus proposiciones deba recurrir ó estos egeemplos para hacer mas florida, agradable, y espléndida la narracion.

De estos sentenciosos dichos sacamos otros tantos testimonios de filosofia y de política, para apoyar las sanas máximas que sostenemos, ó para rebatir las erradas que reprobamos, atribuyendo

por este medio nuestra intencion á sus autores. Y así toman fuerzas, y cobran crédito y autoridad, nuestros pensamientos cuando concuerdan con los decretos de Platon, con los preceptos de Quilon, con las sentencias de Bias, con las respuestas de Diógenes, los consejos de Pitaco, las máximas de Agesiláo, etc.

No basta la autoridad de estos ilustres varones para confirmacion ó comprobacion de nuestro propósito; es menester la oportunidad en su aplicacion, y la economía en el uso de ella, por no hacer un pedantesco alarde de las riquezas de este género de erudicion. Pero el buen gusto dicta todavía otras reglas para introducir sin violencia estos varones en nuestra conversacion, poniéndolos siempre en lugar eminente, que los haga mas visibles, y sus dichos sirvan como de tema para comenzar nuestras razones, ó de apoyo para concluir las.

Pondremos de esta eleccion del primer lugar dos egemplos. Empieza así su proposicion un autor: *Mas quiero la cítara de Aquiles, dijo Alejandro, cuando entró en Ilion, á los que le ofrecieron enseñarle entre otras antiguallas, la de París. Aquel al son de la suya solia cantar las hazañas de los fuertes, y con la del otro se cantaban las blanduras de Venus, y sus alhagüeños melindres.* Prosigue el discurso acerca del carácter del valor, y del deseo de gloria en los hombres esforzados. Tendria menos eficacia y novedad esta proposicion, si en lugar de dar principio con esta abrupcion, comenzase: *Cuando Alejandro entró en Ilion, dijo á los que le ofrecieron enseñar la cítara de París, mas quiero la de Aquiles...*

Oigamos á otro autor no ménos elocuente, como rompe su discurso para probar que el valor no constituye á los héroes, sino la fortaleza; y entra de esta manera: *Si yo no fuera quien soy, quisiera ser Diógenes, dijo Alejandro al filósofo. No con menos razon podia el estoico responderle lo mismo, y quedáran ambos estimados en su justo valor.*

Leemos en otro autor igual introduccion á manera de tema: *Si no fueses sediento de dineros, nunca trastornáras los huesos de los muertos: así decian unas letras, que fué lo único que halló Dario dentro del sepulcro de Semiramis, cuando su codicia le llevó á abrirle, movido de esta inscripcion puesta por la reina al tiempo de labrarse su túmulo: EL REY QUE HUBIESE MENESTER DINEROS, DERRIBE EL SEPULCRO, Y TOME LO QUE QUISIERE. Esta burla y desengaño puede servir de advertencia y escarmiento á los codiciosos que.....*

Leemos en los escritos morales de otro autor la siguiente introduccion: *Cuando á Dario, al tiempo de abrir una granada, le preguntaron: de qué querria tener tanto número como habia allí multitud de granos? respondió, de Zopiros. Muy bien quiso significar esta respuesta que ninguna cosa debe ser mas preciada ni deseada de un rey que los buenos y leales amigos.*

Cambiando el orden de la oracion, puede sentarse la proposicion, y concluir con el testimonio de la sentencia ó dicho que se quiere traer por autoridad, como lo hace el mismo autor con una preparacion antes de sentar el caso: *Muy bien (dice) amonestaba Pitágoras á sus discípulos que nunca hiciesen ó dijesen cosa alguna estando*

coléricos. Asi Arquita Tarentino, por seguir al maestro, habiendose enojado contra un esclavo, dijole: Castigárate yo ahora si no estuviera airado.

Por igual manera entra otro autor reservando la autoridad del apotegma para concluir su oracion, y sellarla con este egeemplo: *No se ha de creer que los trabajos de los que reinan sean menores que los de aquellos que pasan vida privada, ora sea en paz, ora en guerra. No puede haber cosa mas dificil que gobernar bien; tanto que no me parece muy sin donaire aquel dicho de Tiberio: nadie sabe cuan gran bestia es el imperio: quien solia decir á sus amigos: que en ser emperador tenia el lobo por las orejas.*

Hablando Saavedra de los males que trae una guerra dice: *Son medrosas las leyes; que se retiran y callan cuando ven las lanzas: por esto dijo Mario, escusándose de haber cometido en la guerra algunas cosas contra la ley, que no la habia oido con el ruido de las armas.*

#### Apólogos.

Es el apólogo una ficcion que atribuye lengua racional á entes incapaces de razon. Cuanta eficacia tengan los apólogos para persuadir, autores sagrados y profanos nos lo enseñan en muchos lugares. En el sagrado testo se lee la fábula de las plantas que tratan de elegir un rey, y se ven al fin precisadas á nombrar la cambrónera. (lic. judic. cap. IX.)

Dos maestros de la elocuencia hablan por muchos. Quintiliano en sus instituciones oratorias atribuye su invencion á Hesiodo, y los aprueba

para mover los ánimos, y lo confirma Tito Livio con el egeemplo de Menenio Agripa, que redujo la plebe á la gracia del Senado, propuesto el apólogo de los miembros del cuerpo conjurados contra el estómago. Y Aristóteles en su retórica les da particular escelencia para persuadir. No siempre, dice, se hallan egeemplos y símiles proporcionados á nuestro intento; y entónces se puede inventar un apólogo que supla esta falta, y aun consiga mejor el efecto, por ser muy acomodados para mover al pueblo.

En efecto; con qué fin fueron tan ingeniosamente inventadas y escritas por los sábios antiguos tantas fábulas y transformaciones, sino para amansar á los hombres fieros, y enseñar á los ignorantes?

El que en las fábulas de Esópo no viera mas que una conversacion entre dos animales, nada veria; y tomando la fábula por la verdad, erraria el fin de medio á medio. Y fuera mas bobo todavía si imaginase que el autor de estas ficciones creia realmente que habian hablado aquellos irracionales. Y ¿quién, por bárbaro que sea, oyendo que Orfeo al son de la citara atraia á sí las fieras y aun los peñascos, no conocerá la verdad de esta mentira?

Tambien se fingen héroes para ilustrar la fábula moral, como se reconoce en Homero, que encierra en su Iliada un género de doctrina callada y encubierta, entretregida de alegorías para mover y deleitar. Y algunos creen fué el intento del poeta instituir algun príncipe, porque no solo hay en sus obras documentos y avisos militares, mas tambien preceptos políticos y alabanzas de muchos reyes y capitanes con desseo de que con

sus hechos se enciendan los que los lean, y procuren adquirir semejante gloria. Para encarecer el poder de este estímulo, se cuenta que Teséo y Piritóo, envidiosos de lo que los poetas cantaban en alabanza de Hércules, salieron lejos de su tierra á perpetuar sus nombres de lo cual nació decirse que habian bajado á los infiernos. Dion pretende mostrar que Homero fue dechado, y aun príncipe, de la filosofía moral, como de otras ciencias. En Ulises pone todas las fuerzas y dotes de ingenio, industria, prudencia, y conocimiento de varias cosas: en Aquiles fortaleza de ánimo y valentía corporal; y con ello le atribuye una arrebatación é implacable ira que le era como piedra en que aguzaba su esfuerzo; y en Diomedes, una cierta modestia con que solia aplacar cualquier hinchazón airada, y que jamas en dicho ú hecho supo hacer injuria á nadie.

#### Parábolas.

Las narraciones de algun suceso que se finge, para sacar de él alguna moralidad, ó instrucción por comparación ó semejanza, son *parábolas*, distintas de las fábulas morales ó apólogos, porque en ellas los interlocutores que se introducen siempre son racionales. Y aunque la *parábola* es una especie de alegoría, parece que las dos se diferencian por sus objetos: las máximas morales lo son de la primera, y los hechos históricos de la segunda. Ambas se disfrazan con cierto velo enigmático, que el buen escritor podrá hacerle mas ó menos trasparente.

El estilo parabolico entretiene la imaginación y escita la curiosidad; por eso capta la atención

y ánimo del pueblo, que se complace de todo lo que le mueve y ocupa. Cristo se sirvió de las parábolas como instrumento poderoso para introducir su doctrina de un modo indirecto y mas suave en el corazón del pueblo judío. Tales son la de las Vírgenes, cinco fatuas y cinco sabias, en el evangelio de San Mateo, para amonestarnos que valemos y estemos prevenidos, pues no sabemos el día ni la hora en que iremos á dar cuenta á Dios. Tal es la del hijo pródigo, y la de la viuda, etc.

Las verdades hallan una entrada mas fácil por medio de estas narraciones alegóricas, que desengañan con mas dulzura y provecho. *Un rey* (dice Plutarco) *creyendo que el oro hacia la riqueza, aniquilaba sus vasallos en el trabajo de las minas; y como viesan que todo perecia; recurrieron á la reina. Esta mandó hacer secretamente panes, manjares, y frutas de oro, y lo hizo servir en la mesa de su marido, que se alegró de aquella vista; pero luego sintió hambre y pidió de comer. No tenemos sino oro, respondió la reina, porque como los campos están incultos, y nada producen, se os sirve lo único que nos queda, y llena vuestro gusto.* El Rey entendió la advertencia y se corrigió.

A este género de figuras pertenecen las composiciones alegóricas, que con el título de *cuentos*, *fábulas* y *sueños* han llenado tantos libros desde la mas remota antigüedad hasta nuestros días.

#### Enigmas.

El *enigma* es tambien una especie de alegoría que oculta artificiosamente el objeto á que con-

viene, y es el que se propone adivinar. Los enigmas son semejantes á los problemas: fórmanse por una dificultosa cuestion de las contrariedades del sugeto, haciéndolo oscuro y difícil de describir; y no como las demas alegorías, que se presentan de tal modo que puede hacerse facilmente su aplicacion. Son del genio de los orientales, entre quienes siempre fueron cubiertas las doctrinas y avisos con sombras misteriosas para hacer la verdad menos ofensiva. Dicese que un gimnosofista indio inventó el juego del ajedrez para advertir á su Nabab las obligaciones y peligros de su dignidad.

El enigma del panal de miel hallado en la boca del leon muerto, que se lee en el libro de los Jueces, es un emblema alegórico muy enérgico. La mano de Dios que escribe en la pared estas palabras: *Mena, Thequel, U-parsin*, peso, ligereza, division (sentencia mas concisa que ninguna de los Lacedemonios tan celebradas) nos da otro egemplo manifiesto del estilo alegórico de los pueblos antiguos. Otro se lee en el Capitulo XII. del Eclesiástico de Salomon que empieza: *Los guardas de la casa tiemblan*. Diógenes Laercio nos ha conservado este enigma de Cléobulo, uno de los siete sabios de Grecia: *Doce hijos de un mismo padre tuvieron cada uno treinta hijas morenas y treinta blancas, que tuvieron la virtud de ser inmortales; y sin embargo ninguna se libró de la muerte*. Tal era entonces el vasto imperio de la alegoría.

En este género de invencion debemos trasladar aqui una pintura que hace un autor nuestro del siglo del gusto alegórico, en que representa por una enigmática comparacion á un poeta muy va-

no, cuyos versos eran robos de obras ajenas, y dice: *¿Veis aquel hermoso pájaro de tan vária y magestuosa pompa que presume la gracia de Juno, y por quien el pavón está ya humilde, si no envidioso? sabed, que es un cuerbo, que, si hubiera de restituir las plumas que ha hurtado á otras aves, y pagar las que tiene prestadas, se quedára en carnes, y aun en los huesos*.

Sin embargo, no debemos confundir el enigma considerado como *figura*, introducida de propósito en la composicion, con el estilo enigmático. Aquella puede tomarse por manera de sombra, de que se sirve el pintor para templar y contrastar la demasiada luz; ó si se quiere, como un lunar aplicado con ingeniosa oportunidad en un rostro cándido, no sin alguna significacion. Pero lo otro será siempre un vicio en la verdadera elocuencia, porque lo es todo abuso; y toda oscuridad, ya nazca de estudio, ó de mal gusto, ó de impericia, es contraria á la declaracion de nuestros pensamientos.